

les de la escuadra y de las tropas, ya como recaudadores de impuestos é inspectores; los muchos conflictos que con ellos se originaban; la rapacidad y arrogancia de los mismos, y la conducta que los aliados, revestidos de cierto poder, seguían para con sus conciudadanos, muestran la conveniencia de que los aliados pudiesen contar con la protección y el derecho de los tribunales de la capital organizados democráticamente. Por lo demás, los atenienses, aunque veían perfectamente cómo sus aliados se movían dentro de formas constitucionales democráticas, no se hubieran permitido, durante la época de Pericles, inmiscuirse en la administración interior y en la vida constitucional de aquellos.

XI.—LIGA DÉLICA. SITUACION DE ATENAS EN LA LIGA DÉLICA

La alianza era el fundamento esencial de la grandeza política y mercantil del Atica, por su extensión y por la serie de *círculos* ó distritos de contribución. Estos eran el cario, con el licio, que contaba 68 ciudades; el jónico, con la Eólida meridional, que contaba 36; el helespóntico, con el resto de la Eólida, la Propóntide y el Bósforo, que comprendía 44; el macedonio-tracio, que se componía de 61, y el territorio de las islas que contenía 28. No faltaron, por cierto, ocasiones de descontento, por las cuales podían los enemigos traslucir que en caso de una nueva guerra civil desaparecería el poder de Atenas, que no podría resistir á una derrota decisiva. El afán de reconquistar la perdida autonomía no podía extinguirse en los corazones griegos: la antipatía de muchos aliados hacía las antiguas prestaciones naturales se concentró necesariamente después en las contribuciones que habían sustituido á aquellas. La situación de las clerusias ó colonias de ciudadanos atenienses que residían en algunas de las islas conquistadas, se hizo al propio tiempo insostenible. Pero entretanto se mantenía firme la soberanía de Atenas: los secretos deseos de decadencia solo eran abrigados por los nobles; pues el demos por regla general, era adicto á los atenienses, en favor de los cuales obraban no solo el derecho constitucional de la igualdad, sino también el seguro y lucrativo tráfico con la capital y las grandes ventajas que reportaba á los comerciantes y marinos la bandera ático-aliada. Las magníficas construcciones, los ricos y nobles productos, y finalmente los muchos elementos de cultura de Atenas, encadenaban no menos poderosamente á los aliados á la capital del Atica.

XII.—GUERRA DE SAMOS

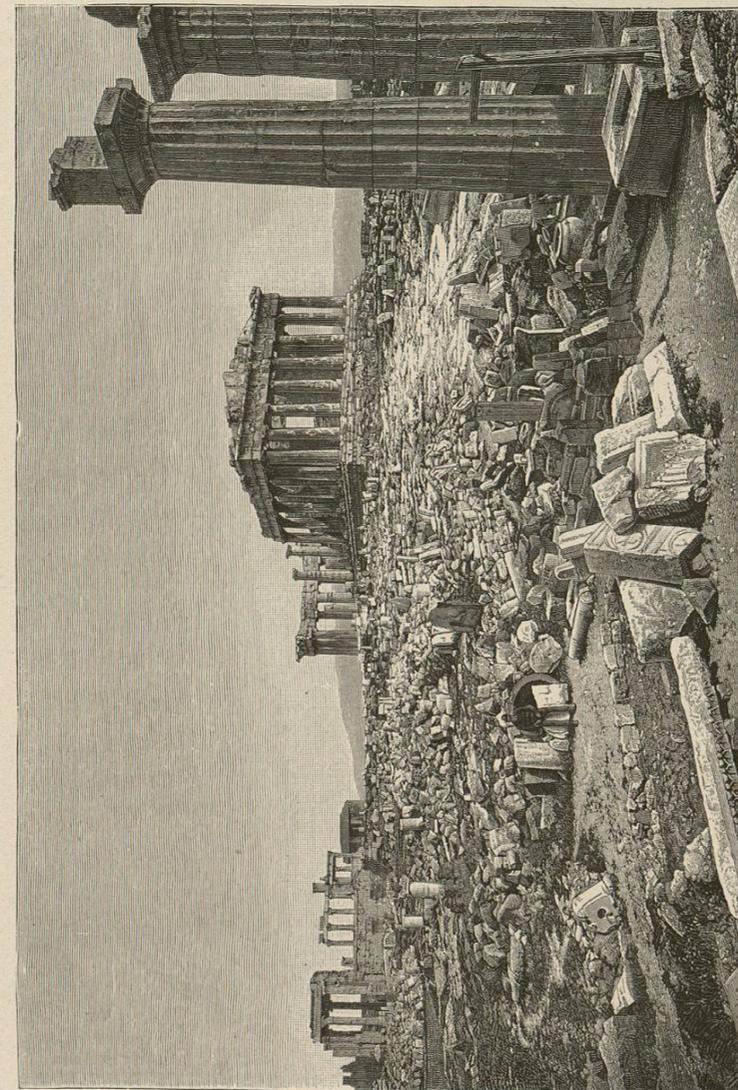
Todos los deseos de decadencia desaparecieron al parecer cuando Pericles sofocó con fuerte mano el levantamiento de la mas poderosa de las islas aliadas. Samos, que á la par de Atenas era el miembro de la alianza mas independiente y dotado de mayor fuerza, regida en aquel entonces por una aristocracia perfectamente organizada, se hallaba enemistada con Mileto, con motivo de la posesión de Priene, enemistada que en 440 se convirtió en encarnizada lucha. Cuando el gobierno samio se negó rotundamente á someter la contienda al arbitraje de los atenienses, Pericles armó 40 buques y llevó á cabo una intervención armada, á consecuencia de la cual, Samos se vió convertida en posesión ática y recibió una constitución democrática, siendo llevados á Lemnos cien nobles en calidad de rehenes. Mas apenas hubo regresado Pericles á Atenas, rompió públicamente Samos las hostilidades contra la supremacía que le había sido impuesta. Los samios, protegidos secretamente por el sátrapa persa Pisutnes de Sardes, dirigidos por la aristocracia, se declararon separados de la Liga, después de haber vencido á la guarni-

ción ática y de haber libertado á sus rehenes; y arrastraron también á la insurrección á los bizantinos. Pericles, á quien no se ocultaba que el éxito de la insurrección sería un peligro mortal é inmediato para la existencia de la alianza y para las relaciones con los persas, reanudó con gran energía la guerra, á pesar de que encontró un temible contrario en el caudillo samio Meliso, uno de los mas renombrados filósofos de aquel tiempo. La perseverancia, los grandes medios para seguir la guerra y el vigor de los atenienses, pudieron por fin, después de rudos y reñidos combates, derrotar y dominar por completo, en el verano de 439, á los samios, quienes se vieron obligados á entregar su escuadra, destruir sus fortificaciones, pagar los gastos de la guerra, reformar su constitución según los deseos de Atenas y ceder á esta, en calidad de aliado inmediato, la isla de Amorgos, que hasta entonces dependía directamente de ellos. Bizancio tuvo que deponer al propio tiempo las armas.

La guerra de Samos había costado por lo menos 1,276 talentos (32.049,300 reales): es digno de notarse que durante esta guerra, como durante la de Thasos, los samios solicitaron contra Atenas el auxilio de Esparta y que encontraron no pocos que se inclinaban á acceder á tal petición y á declararse en hostilidad contra los atenienses. Pero la fidelidad á los tratados y el espíritu de justicia pudo decidir á los peloponesios á que se negasen á ayudar á los samios. A pesar de todo, no podían ocultarse á Pericles las pocas probabilidades de conservar la paz, estipulada por treinta años entre Atenas y la Simmaquia espartana, y la necesidad de prepararse él y su patria para una lucha mas ó menos próxima con Esparta y sus aliados. A estos preparativos se consagró el grande hombre de Estado con suma actividad y tacto político, en los pocos años de reposo que le quedaron después de su regreso de Samos. Prescindiendo del constante ejercicio é instrucción de las fuerzas militares del Atica, conoció que el objeto principal á que habían de dirigirse sus esfuerzos, para el caso de que tal guerra estallara, era dar la mejor organización posible á las fuerzas del imperio ático y conservarlas estrechamente unidas. Con energía evitó que el pueblo ático, inclinado por las circunstancias y por sus altas dotes de inteligencia á exagerar sus fuerzas, se dejase arrastrar á empresas halagüeñas pero ilusorias, que ocasionasen la división de los medios de defensa. En cambio robusteció las fuerzas militares y mercantiles del imperio ático y en uno de los puntos mas estratégicos de las costas tracio-macedónicas, á orillas del bajo Estrimon, tantas veces regadas con sangre, fundó una grande y temible colonia. Tal fué la ciudad de Anfípolis, situada una hora mas arriba de la desembocadura del Estrimon y del puerto de Eion, y que, fundada en 437, fué poblada, solo en parte, por los atenienses. Asimismo la situación de Atenas en el interior de las aguas griegas se fortificó con muchas colonias atenienses, conocidas bajo el nombre de Clerusia y establecidas en lugares, unos, como los de Sciros, Imbros, Lemnos y el Quersoneso tracio, inmediatamente conquistados por las armas, otros en territorio independiente, pero vencidos después, como Eubea, Naxos y otras islas, y otros finalmente en regiones de los Estados isleños aliados, que compró el Estado ático para este objeto.

XIII.—ADMINISTRACION DE PERICLES

La administración económica fué objeto de los mas altos cuidados y se llevaba con notable economía. A pesar de las costosísimas construcciones y de los muchos y necesarios gastos, se encontró Pericles en disposición de formar con los sobrantes de las rentas de la Liga un considerable tesoro que, después de terminadas las obras (432) y de haber re-



Vista general de los monumentos de la Acrópolis de Atenas

conquistado la ciudad de Potidea, con cuya sublevacion se encendió, como se verá, la guerra del Peloponeso, se elevaba en el año 429 á unos 6,000 talentos (141.300,000 reales), sin contar con los muchísimos y ricos dones que existían en la Acrópolis y que en caso de necesidad podían convertirse en dinero. La escuadra se hallaba bien tripulada y preparada siempre á hacerse á la vela, y los arsenales estaban llenos de armas y de materiales de guerra de todas clases. Lo mas selecto de cuanto se refería á la guerra en el imperio ático, es decir, las tropas reclutadas en la misma Atica, eran valientes y numerosas, proporcionalmente á los medios con que contaban los griegos en general. Además de las 300 triremes y de los 21,000 ciudadanos de todas clases y de los muchos metecos que tomaban también las armas, podía Atenas poner en pié de guerra 1,200 caballeros, 1,600 arqueros y 13,000 hoplites del ejército activo, á los cuales se juntaban 16,000 guerreros, entre ellos 3,000 metecos-hoplites, aptos para el servicio de guarnicion y de fortaleza, cuando no se trataba de una expedicion marítima.

Desgraciadamente faltábale al grande hombre de Estado, á quien preparaba Atenas un difícil porvenir, un sucesor que valiese tanto como él. La jóven generacion de generales inteligentes y de fuerzas políticas de segundo y tercer orden, en alto grado respetables, no se formó entre los atenienses hasta muchos años despues. Hombres como Temístocles, Pericles y en el siglo siguiente Demóstenes, aunque en realidad existiesen, no se prestaban á ser convenientemente educados; pues no se habia formado una escuela que hubiese podido recoger los frutos y las tradiciones de Pericles; y era imposible encontrar un hombre, ni entre los partidos conservadores, ni entre los democráticos, que á manera de don de los dioses, pudiese considerarse como el verdadero y legítimo sucesor de aquel. La nueva capa de la poblacion ateniense que comenzaba á despuntar, ofrecia pocas esperanzas bajo este punto de vista.

XIV.—ESTADO DE COSAS EN ATENAS. EL DEMOS. LOS SOFISTAS. SÓCRATES. ASPASIA. LAS MUJERES

El desarrollo democrático iniciado por el ostracismo de Cimón, produjo nuevos y especiales frutos; pues junto á los políticos de la nobleza que hasta entonces habian gobernado exclusivamente á Atenas, comenzaron á aparecer hombres de la burguesía. El demos se instruía gradualmente en política de tal modo, que personas procedentes de las filas de los ricos fabricantes, de los grandes industriales y de los comerciantes al por mayor, se aventuraban á ensayarse de un modo activo en la direccion del Estado ático, lo cual podia tenerse por buen agüero. Pero era muy deplorable que esos nuevos burgueses demagogos, muy adictos personalmente á los hombres comunes como á los nobles caudillos de cada partido, y que podían ejercer gran influencia en las masas, por un lado, es decir en el terreno religioso, participasen de todas las preocupaciones y falsas creencias del vulgo, y por otro desarrollasen un exagerado radicalismo, que les hiciese luego enemigos apasionados de Pericles y que nada bueno prometiese para el porvenir. No existían, pues, hombres dotados de grandes condiciones para dirigir despues de Pericles la nave del Estado ático.

De suerte que la cuestion por aquel tiempo era encontrar quien pudiese dirigir dignamente en el porvenir las excelentes fuerzas que en aquel tiempo tomaban gran incremento en Atenas, sin que por esto dejaran de tener sus lados vulnerables.

El demos de Pericles ofrecia en realidad un aspecto imponente: los ciudadanos áticos tomaban parte con gran celo en la vida pública: la burguesía era en alto grado inteligente, se

aficionaba con pasion y permanencia fiel á todo aquel que la dirigia convenientemente, y así en la Bula como en sus grandes reuniones generales, por ejemplo el Pnix, que hasta entonces habia tenido escasa importancia, mostraba no poca inteligencia en los debates y un extraordinario espíritu de parlamentarismo. Sus jurados administraban justicia y se dedicaban á los asuntos de su competencia, notablemente aumentados con el conocimiento de los procesos capitales de la Liga, no solo con gran predileccion sino por regla general con gran penetracion é inteligencia.

Los atenienses eran de todos los griegos los que mas se adherían á las grandes ideas y á los pensamientos ideales; en ningun punto de Grecia como en Atenas encontraban tanto eco los grandes problemas y la palabra de la grandeza nacional helénica. Ninguna porcion del pueblo griego se hallaba tan dispuesta á hacer por la patria grandes sacrificios, inspirados por la mas desinteresada abnegacion, como el demos ateniense. Los atenienses de aquella época, infatigables, impetuosos y accesibles á toda idea nueva, podían desplegar una sorprendente viveza y una tenaz energía sin igual, sujetándose á una estricta disciplina, á pesar del fuego democrático que por sus venas circulaba.

En cambio, esta situacion no carecia de puntos oscuros, ó por mejor decir, de factores que podían ejercer una influencia perjudicial, si llegaban á faltar al demos caudillos que se le impusieran por su superioridad política y moral, y exponer la consideracion política y las fuerzas morales de los atenienses á las mas peligrosas pruebas. Ya se comprendia necesariamente que, á la corta ó á la larga, debia llegar un dia en que bajo la influencia de algunos ánimos fogosos, los atenienses, seducidos por el sentimiento de su gran poder y de su alta capacidad, se dejarían llevar á las empresas mas absurdas, vastas, halagüeñas y extravagantes. Existía, también, el peligro de que el estimulante influjo de los demagogos de última fila pudiese algun dia convertir la vigorosa democracia en una soberanía despótica de las masas que diese á las asambleas generales un carácter oclocrático y que ejerciese sobre los elementos aristocráticos y conservadores del pueblo una tiránica presion. Suscitábase al propio tiempo el temor de que la inclinacion tan desarrollada á la jurisprudencia pudiese convertirse desgraciadamente en una especie de *furor jurídico* y degenerase en una propension á utilizar los tribunales jurados como arma legal contra los ciudadanos impopulares y contra los compañeros de alianza sospechosos. Por otro lado habíase presentado en la vida ateniense una nueva manifestacion que, naciendo del mismo desarrollo de la vida pública, ejerció una influencia bajo muchos puntos de vista perniciosa y añadió un nuevo elemento mas activo á los elementos políticos de division que ya existían en Atenas. Tal fué el poderoso influjo de los llamados sofistas.

De las escuelas de los filósofos griegos que con escéptica crítica, así en la region del pensamiento como en la práctica de la nacion, trataban de la naturaleza, de la religion y de la suma de todas las manifestaciones, habia nacido una nueva raza de jóvenes profesores, que aparecieron primeramente en las ciudades jónicas, siciliotas é italiotas, y que, por decirlo así, se presentaron como los representantes de la ilustracion moderna, á nombre de la cual querían sujetarlo todo á nuevo exámen. Aparecieron nuevas teorías específicas, racionales y doctrinarias sobre el Estado y la existencia del ciudadano, independientes del desarrollo histórico. En Atenas, como en otras ciudades de Grecia, los representantes de esta nueva direccion de las ideas aparecieron como hombres esencialmente prácticos. Todos los conocidos como sofistas eran hombres de alta condicion que, por una parte nada querían saber acerca de los sistemas, opuestos entre sí, de las diversas es-